

—La verdad es que si no lo fuera, me sentiria yo el hombre mas desgraciado del mundo.

—Ese es un síntoma de amor; ¿conoces tú la historia de esa dama?

—Casi toda: es una muchacha pobre, pero de familia honrada, y casi noble, á quien unieron con Don Pedro de Mejía, sacrificándola á sus grandes riquezas; pero el candor y la inocencia brillan tanto en sus ojos azules, como en los negros ojos de mi prima Doña Esperanza.

—¿Y es bella? ¿y te ama?

—¿Bella? es un arcángel; y no sabria hacerte su descripción, porque es una hermosura para vista y no para pintada: ¿si me ama? ¡ay! hermano; yo lo creia así; pero ya te he referido que me arrojó con indignacion de su presencia.

—Bien; pero eso, Leonel, no puede haber sido mas que un acto de los celos, porque fuiste inoportunamente franco con ella.

—¿Lo crees así?

—Sí, estoy seguro, y esta es la prueba de que te ama; y sin duda por su misma inexperiencia ha dado este paso: creete, Leonel, que otra mujer que hubiera tratado solo de engañarte, de divertirse contigo, de explotarte, no se hubiera mostrado tan indignada.....

—¿Y piensas que me perdonará?

—Una mujer perdona siempre que ama de veras y que está segura de ser amada.

En este momento la puerta de la estancia en que hablaban los dos hermanos se abrió, y un lacayo dijo sin pasar del dintel:

—Una dama encubierta que no ha querido decir su nombre, solicita hablar al señorito Don Leonel.

Los dos hermanos se miraron.

—Iré á verla—dijo Don Leonel.

—No—contestó el Padre Alfonso—hazla pasar aquí; yo me entraré al aposento que sigue; quizá tenga esta visita relacion con tus aventuras de hoy, con tu felicidad y con tu porvenir: espero en la estancia vecina; si necesitas de mis consejos, llama; el corazon me dice que te seré útil.

—Gracias, hermano mio. Dí á esa dama que pase.

El lacayo salió por un lado; el Padre Alfonso se retiró por el otro, y Don Leonel quedó solo, esperando á la dama.

Pocos momentos despues, la puerta se abrió lentamente, y la dama misteriosa penetró, volviendo á cerrar.

—¿Estais solo, Don Leonel?—preguntó la dama en voz muy baja.

—Solo, señora; entrad con confianza—contestó el jóven temblando de emocion.—¿Quién sois?

—Miradme.

—¡Dios mio!—exclamó espantado Don Leonel.—¡Catalina! ¡Catalina en mi casa!

—Sí, Leonel, en vuestra casa, porque necesitaba hablaros, necesitaba veros para pedir os de rodillas, si no vuestro amor, al menos vuestro perdon, porque no puedo vivir sin adoraros.

—Catalina—dijo Leonel exaltado y tratando de tomar una de las manos de la jóven—me haceis muy feliz.

—No me toqueis—exclamó Doña Catalina retrocediendo—no me toqueis, por Dios, porque entonces me seria mas espantoso despues vuestro desprecio; no os acerqueis á mí, no me hableis de vuestro amor, hasta que os diga quién soy, hasta que conozcais mi historia, Don Leonel, porque yo no soy digna de vuestro amor.

—¡Catalina! ¡Catalina! me espantais!.....

—Sí, Don Leonel—continuó con exaltacion la dama y en voz muy alta—yo no soy lo que parezco; yo no soy una jóven honrada, pura, virtuosa; yo no soy la honesta viuda de Don Pedro de Mejía.....

—¡Catalina! callad, por Dios!

—No, no; escuchadme, escuchad hasta el fin lo que tengo que deciros; porque os amo tanto, que este secreto pesa como una montaña sobre mi corazon, y porque moriria antes que engañaros: yo soy una mujer perdida, que há comerciado con su cuerpo y con su belleza desde su mas tierna juventud; yo he servido para lisonjear los caprichos de los jóvenes prostituidos y para juguete de las brutales pasiones de los viejos y ricos encenagados en el vicio; yo no debo traer este trage de viuda honrada y honesta, no; para mí los picos pardos de las mujeres públicas, los escandalosos tocados de las mulatas que viven del vicio: yo no soy una jóven virtuosa como vos habeis creido; soy una ramera, una infame, indigna de ser vuestra, indigna de vuestro amor, indigna de ser siquiera esclava de vuestra casa.

Don Leonel, verdaderamente aterrado con aquellas confesiones, con aquella ruda y terrible franqueza, con aquel lenguaje apasionado de Catalina, habia caido en un sitial y se cubria el rostro con las manos, sin atreverse á mirar siquiera á la jóven.

—Yo no quiero—continuó Catalina—ni referiros mi historia ni culpar á nadie de mi desgracia: yo vivia en el vicio..... y en el escándalo, y me presté á representar el papel... de una jóven honrada con un hombre que me hizo su es...posa y que murió sin haberme llamado suya nunca; pero entonces no me arrepentia de nada, porque no os conocia á vos, porque no os amaba, porque no me habíais dicho vos nunca que me amábais, porque no comprendia yo que ha-

bia perdido la honra, que era la única llave que me falta hoy para penetrar hasta el santuario de vuestro amor y mi felicidad. ¡Oh! pero ya lo conozco, y soy muy infeliz: Don Leonel, por Dios, miradme, no apartéis de mí los ojos con disgusto; miradme á vuestros piés suplicando; no quiero vuestro amor, no, no quiero tanto, porque no lo merezco; no quiero mas que vuestro perdon por haberos engañado, y una sola de vuestras miradas.

—Catalina!—exclamó Don Leonel.

—¡Oh! Don Leonel, oidme y me perdonareis: yo no he sentido sino por vos el arrepentimiento, por vos solo siento cuanto malo he hecho en mi vida; sin haberos conocido, sin haberos amado, hubiera sido para mí indiferente todo: pues bien, Don Leonel, la Magdalena obtuvo su perdon del Salvador: si yo sintiera por Dios este supremo arrepentimiento de mis culpas que siento ahora por vos solo, Dios me perdonaria; y vos que me veis de rodillas, confesándoos con rubor mis faltas é implorando vuestro perdon, ¿me lo negareis, cuando es solo el perdon lo que solicito? ¡Don Leonel! ¡Don Leonel! ¿no habrá un Redentor para esta Magdalena?

—Sí le habrá—dijo solemnemente el Padre Alfonso penetrando en la estancia.

Doña Catalina retrocedió espantada á la presencia inesperada del Padre, y Leonel se arrojó á su encuentro abrazándolo.

—¡Hermano mio!—exclamó—soy muy desgraciado!

—Y ella tambien—agregó el Padre señalando á Catalina;—ella quizá mas que tú, hermano mio: acereaos, señora.

Doña Catalina obedeció instintivamente, y el Padre la tomó de una mano.

—Leonel—dijo con solemnidad—tú puedes no amar á

esta mujer, pero no abandonarla cuando vuelve á tí los ojos en su arrepentimiento; no la hagas tuya, pero ábrele, hermano, los brazos cuando busca tu perdon en su abatimiento.

Doña Catalina dió un grito de placer, porque los brazos de Leonel se abrieron, y cayó de rodillas abrazada á los piés del jóven, y derramando un torrente de lágrimas.

XXXIV.

En el que se da razen de lo que pasó á la vieja Doña Catalina con el viejo Don Baltasar de Salmeren.

Don Alonso de Rivera y Doña Catalina de Armijo quedaron pasmados con la violenta energía de Doña Esperanza. La jóven cerró con violencia la puerta de su cámara, y sus dos interlocutores se miraron entre sí con asombro, é instintivamente se retiraron de aquel lugar en que habian llevado una leccion tan ruda.

—¿Qué decís de todo esto?—preguntó Don Alonso.

—Digo que esa muchacha tiene una energía salvaje, y un genio tan fuerte que trabajos os mando para domarla.

—¿Pero creéis que siga esto así? porque ese aislamiento en que ella quiere colocarse, y esa prohibicion de que la toque y de que penetre en su habitacion, me convierte en el marido mas gracioso del mundo.

—Supongo que esa resolucion no se llevará adelante; las mujeres tienen á veces caprichos raros que es preciso no contradecir, y acaban por abandonarlos ellas mismas.

—Segun eso.....

—No insistais en nada vos; ella amainará: y si acaso descubris que se humaniza con vos, procurad entonces hacer el desdeñoso, mostrando que nada se os da de todo eso, y la vereis mas blanda que una madeja de seda.

—Pero entretanto esto no puede seguir así; yo soy su marido, yo tengo derechos.....

—¿Derechos? ¿pensais que á una mujer se la conquista con derechos? ¿suponeis que es una casa ó una heredad cuya posesion pretendéis tener? Desengañaos, Don Alonso; á no ser casos muy remotos, que yo no conozco, una mujer nada concede por violencia ni por fuerza, nada, quizá ni un beso; lo que no haga ó el amor ó la astucia, ni todos los derechos ni toda la fuerza del mundo lo conseguirá.

—Entonces, ¿qué camino me queda aquí

—La paciencia, la paciencia: ya es vuestra esposa.

—Bien, pero ya habeis visto.....

—Vamos, Don Alonso, que á mí no me salgais con esas; yo sé mejor que vos que por pasion no os habeis casado con esa muchacha, sino por interes de su herencia; eso lo habeis ya conseguido: decid ahora que al verla tan cerea de vos y en vuestro poder, os ha entrado un capricho y os creeré, pero no mas.

—Capricho ó no, tengo derechos.

—Torna con los derechos! yo os daria un medio muy sencillo para que todo quedara en paz.

—¿Cuál?

—Si quereis venir á casa, os daré un bebedizo que la dormirá de manera que no tenga mas voluntad que una piedra: en esto no quebrantais ninguna ley divina ni humana, porque es ya vuestra mujer.

—¿Y luego, cuando vuelva en sí?

—¿Qué? dará gritos, os reñirá, se mostrará desesperada;

pero en vano; ni tendrá remedio, ni podrá quejarse á nadie, porque los mismos á quienes se queje, se reirán y os darán á vos la razon.

—Puede pasar á otros extremos.

—A nada, no seais tímido: además, yo os propongo lo que creo que puede hacerse: si no os agrada, adelante.

—Sí, sí me agrada; iré, iré con vos, que ningun mal puede seguirseme, y es un medio seguro, infalible.

—Y que os dará un rato muy divertido cuando podais decirle: esposa mia, yo no podia obedeceros, ni la ley ni mi corazon: me permiten veros como á una enemiga ¿qué quereis? castigadme como os parezca.

Don Alonso soltó una carcajada.

—Vamos—dijo la vieja.

—Vamos—contestó Don Alonso.

Rivera tomó su sombrero y una capa, se sujetó su espada á la cintura, y salió de la casa al lado de Doña Catalina.

Estaba ya oscura la noche, y Don Alonso, entretenido en su conversacion con Doña Catalina, no observó un hombre que se destacaba de un zaguan de la acera de enfrente, y se puso á seguirlos.

Llegaban ya á la esquina Don Alonso y Doña Catalina, cuando el hombre que les seguia lanzó un silbido agudo y prolongado.

Volvió Rivera la cabeza, y en este momento cinco ó seis hombres se arrojaron sobre él y sobre la vieja, les pusieron mordazas, y les sujetaron con ligaduras de pié y manos en un momento y de tal manera, que no podian ni dar un grito ni hacer un solo movimiento.

Uno de aquellos hombres se desprendió y volvió con una carroza, en la que metieron á Rivera y á Doña Cata-

lina, y entrando dos de ellos tambien, el carruaje echó á caminar.

Despues de una media hora se detuvieron, y sacaron de la carroza á los dos prisioneros.

Doña Catalina se estremeció de horror: á la luz de una torcida que tenia encendida uno de aquellos hombres, habia reconocido la casa en que estaba; era la misma á que habian conducido á Doña Esperanza. La vieja creyó encontrar en esto la explicacion de aquella aventura; relacionó con esto el severo comportamiento de Esperanza con ella y con Don Alonso; pensó que era una venganza preparada sin duda por Don Leonel, y tembló.

En brazos de aquellos hombres fueron bajados del coche, pero separados; Don Alonso fué llevado á la pieza interior, y Doña Catalina depositada al pié de un árbol que habia fuera de la casa.

—¿Por qué será esto?—pensó ella—¿qué irán á hacer con él ó conmigo?

Todo se habia ejecutado con el mayor silencio: un hombre alto, enmascarado, y cubierto con una capa negra, dirigia la maniobra casi sin hacer seña alguna; parecia que los otros adivinaban su voluntad en sus ojos, que brillaban como los de un tigre, al través de su antifaz de terciopolo negro.

—¿Quién será ese hombre?—decia entre sí Doña Catalina;—no puedo adivinar quién sea; debe ser viejo, porque al través del embozo se escapan algunos mechones de canas de su barba.

Los que habian llevado á Don Alonso volvieron. Entonces uno de ellos pasó un lazo por encima de uno de los brazos del árbol.

—¿Me van á ahorcar?—pensó la vieja, y se estremeció.

El hombre tomó uno de los extremos de aquel lazo, hizo un nudo corredizo, y se acercó á la vieja.

—¿Jesus me acompañe!—dijo ella interiormente.

Pero el hombre pasó la lazada sobre las dos manos atadas de Doña Catalina y corrió el nudo; luego se dirigió al otro extremo del lazo, y comenzó á tirar.

La vieja comenzó á enderezarse hasta que quedó de pié; siguieron tirando del otro extremo de la cuerda, y la levantaron del suelo, y quedó suspendida á dos varas sobre la tierra; pero esto le causaba terribles dolores en las manos y en los brazos, tanto por la posicion de las manos como por la presion del nudo corredizo.

Hubiera gritado si se lo hubiese permitido la mordaza.

—Basta—dijo el hombre que mandaba.

Doña Catalina creyó que la iban á bajar; pero los hombres ataron el extremo de la cuerda en el tronco del árbol, y la vieja quedó meciéndose en el espacio.

Dió el hombre misterioso algunas órdenes en voz baja, y dos de los que le obedecian, se perdieron entre las sombras y volvieron á poco, trayendo entre ambos con dificultad un objeto pesado.

A pesar del dolor de sus manos, la vieja seguia con terror todos aquellos preparativos.

Los hombres depositaron en el suelo lo que traian, que era una gran piedra, y se dirigieron á Doña Catalina. En un instante le arrancaron las medias y el calzado, dejando sus piés enteramente desnudos.

Los amarraron fuertemente uno contra otro con la punta de una cuerda que estaba debajo, pero de tal manera tirante, que el cuerpo permanecia suspendido entre las cuerdas de las manos y las de los piés, sin que la vieja pudiera hacer el menor movimiento, ni levantar siquiera un pié.

Esa falda estorba—dijo el hombre;—quítad ese vestido.

Los que le obedecían arrancaron de la manera mas violenta la falda del vestido á Doña Catalina y la tiraron en la yerba.

—Quitadle la mordaza, dadme su vestido y retiraos todos á México; dejadme solo. Tú, Juan, no dejes de ir adonde te encargué.

—No, señor—contestó uno de los hombres.

Entregaron la vela al gefe, y levantando entre todos á uno para que alcanzase á la cabeza de Doña Catalina, le quitaron la mordaza y luego se retiraron en silencio.

El hombre se cercioró de que habian partido, y cuando creyó que ya iban lejos, porque se habia perdido el ruido del carruaje que se retiraba, volvió adonde estaba Doña Catalina, que se quejaba dolorosamente, y se quitó la capa para estar mas libre en sus movimientos.

—Ea, señora—le dijo con una calma horrorosa—ya nos hemos quedado solos y es fuerza que me refirais cómo fué esa desaparicion de Doña Esperanza de Carbajal; tengo curiosidad de saber esa historia, toda, entera y verdadera, y por vuestra misma boca.

—Yo os la contaré—dijo la vieja;—pero bajadme de aquí, padezco mucho.

—¡Oh! no soy tan tonto; no me contaríais nada entonces.

—Os juro que os lo contaré todo.

—No; hablad, hablad, y no perdamos el tiempo.

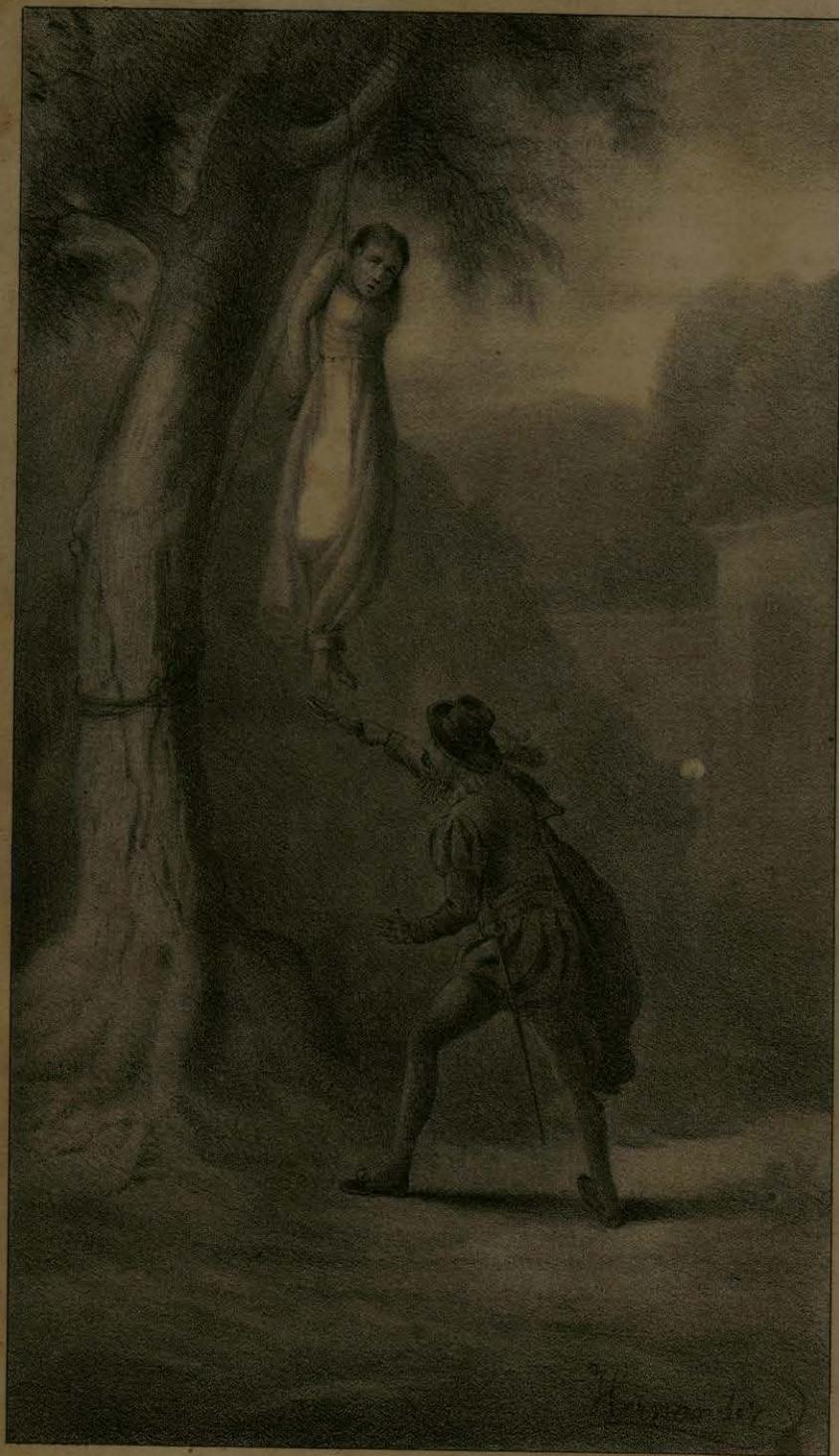
—En ese caso—dijo con energía la vieja creyendo salvarse—no diré nada mientras no me quiteis de aquí.

—¿No?

—No, y mil veces no!

—Entonces, yo os obligaré á hablar.

Y el viejo se acercó con la vela en la mano; Doña Catali-

EL MARTIRIO DE D^{ña} CATALINA.

na hizo un esfuerzo para ver lo que iba á hacer, pero no podía inclinar la cabeza.

De repente dió un grito agudísimo, sintió un terrible dolor en las plantas de los piés.

El viejo le aplicaba á ellas la llama de la vela que tenia en la mano.

Doña Catalina quiso moverse, quitar los piés, levantarlos; imposible.

Estaba atada de tal manera, que no podía hacer el menor movimiento, y no conseguia con sus esfuerzos otra cosa que aumentar el dolor de sus manos.

El hombre, con una tranquilidad asombrosa, paseaba la llama de un pié al otro, procurando hacerlo con tanta lentitud que fuera abrasando toda la planta.

Doña Catalina gritaba y rechinaba los dientes.

Cerca de un minuto duró esta operacion.

—Bien—dijo el viejo retirándose;—¿contareis?

—Infame viejo infernal, no, no; ahora nada, nada; má-tame si quieres.

—¿No?

—No; má-tame, viejo infame, asesino, asesino!

Y Doña Catalina procuró escupir al hombre, ya que no podía hacer otra cosa.

—Muy bien—dijo con calma el viejo;—ahora tiempo doble por la resistencia, y por la injuria de haber osado escupirme, tormento extraordinario.

Y volvió á llegar con la torcida á los piés de Doña Catalina, teniendo cuidado de avivar la llama.

—Vamos á ver; así como así, esto me divierte, y seria lástima que acabase tan pronto; tengo aún mucho que esperar para que lleguen unos amigos que aguardo.

La llama volvió á quemar los piés de Doña Catalina; pe-

ro ya era aquello una cosa horrible: las carnes casi ardian en algunas partes por sí mismas; comenzaban á descubrirse los músculos, que se torcian y se encogian y se ponian negros.

Doña Catalina gritó hasta que se quedó ronca, lloró y se desmayó; pero el hombre, como embriagado, como absorto en su horrible tarea, ni se cansaba, ni se enternecía, ni se demudaba; parecia una estatua de mármol, ó un sábio que estudiaba los progresos del fuego en un cadáver.

Varias veces, muchas, Doña Catalina ofreció contar al viejo lo que él queria saber, y aun comenzó el relato; el hombre no escuchaba, y seguia instintivamente su tarea de martirio.

Los piés de aquella desgraciada habian perdido su forma; eran unas masas negras, sangrientas, que goteaban sangre, que se encendian, que ardian por sí mismas.

La vieja, desmayada, estaba suspendida como un cadáver, insensible. El viejo retiró la torcida, y sus carnes siguieron ardiendo.

En este momento se oyó el ruido y las voces de varias personas que se acercaban.

El viejo se dirigió con su luz al encuentro de los que se llegaban, y encontróse con Don César de Villaclara, que venia conducido por el hombre á quien el viejo habia llamado «Juan,» y seguido de Teodoro y de Garatuza.

Doña Catalina, privada enteramente de sentido, habia quedado en la oscuridad, y como la llama de su torcida deslumbraba á los que llegaban, estos entraron á la casa sin apercibirse de lo que habia fuera.

XXXV.

Dáse razon de cómo habian venido Don César y sus compañeros,
y lo que se siguió despues.

AQUELLA noche, Don César, Teodoro y Garatuza se habian reunido para hablar sobre la empresa que entre manos traian.

Teodoro y Martin estaban desesperados, porque nada habian adelantado en todo el dia; Don César, como siempre, indiferente y silencioso.

—Paréceme—decia Martin—que cada dia debemos ir perdiendo mas la esperanza de encontrar á esa pobre jóven.

—Yo solo confio—contestó el negro—en la promesa de Don César, porque no porque está delante, pero nunca da palabra que no cumpla.

Don César alzó la cara, miró á todos y calló.

—¿Aun esperais algo?—le dijo Teodoro.

—No solo espero, sino que estoy seguro de conseguir mucho.

—Pero ¿y cómo?

—Ese es mi secreto; tened confianza.

—¿Cuándo creéis tener alguna noticia?

—Esta noche.

—Me temo que os engañéis.

En este instante llamaron al zaguán de la casa.

—¿Quién podrá ser?—dijo alarmado Garatuzza, que siempre andaba á vueltas con la justicia.

—Quizá será—contestó Don César—la noticia que esperamos; voy á ver.

—Si es la justicia, hacedme favor de conténerla—dijo Garatuzza—mientras escapo.

Don César salió, y Garatuzza, por precaucion, comenzó á quitarse la ropa para tomar un disfraz.

—Lo dicho—dijo Don César volviendo á entrar.

—¿La justicia?—preguntó Teodoro.

—No; la noticia esperada.

—¿Y cuál es ella?

—Tomad vuestros sombreros y vuestras armas y seguidme.

Martin se vistió precipitadamente, y todos salieron á la calle.

Subieron todos sin preguntar nada, y la carroza comenzó á caminar.

Durante el camino nadie habló palabra; de repente paró el carruaje, la puerta se abrió y el hombre y Don César, y Teodoro y Martin, bajaron y siguieron á pié el camino.

—Si no me equivoco—dijo el negro por lo bajo á Martin—vamos á la misma casa de la otra noche.

—Tal me parece—contestó Garatuzza—pero sacaremos la misma piedra; quizá Don César ignora lo que pasó: ¿se lo decimos?

—No tal, dejémosle, que así se convencerá de que no son tan sencillas las cosas como él se figura.

—¡Calla! pues hay luz en la casa!

—Sí, desde aquí veo luz, y aun me parece que he oido gritos.

—Seria el viento, porque no se oye nada ya.

—¿Estamos cerca?—preguntó Don César al conductor.

—Cerca estamos—contestó el otro—que ya se ve la luz que tiene allí mi amo.

En esto llegaron á la casa y el viejo salió á recibirlos y los metió á la primera pieza.

Como el hombre tenia un antifaz de terciopelo, Martin y Teodoro no pudieron conocerle; sin embargo, apenas habló, dijo entre sí Garatuzza:

—Conozco esta voz, y no de buen encuentro: ¿quién será este bicho? tiene mal aspecto.

El criado habia quedado fuera de la casa.

—¿Los señores son de confianza?—preguntó el del antifaz.

—Debeis suponerlo, puesto que los he traído.

—¿Podemos hablar?

—¡Claro! ¿Qué hay?

—Que podeis aprontar los diez mil duros del contrato.

—¿Dónde está Doña Esperanza?

—Aun no lo sé.

—¿Entonces?

—Aquí os tengo á Don Alonso de Rivera y á la vieja.

—¿Y qué dicen?

—A él aun no lo interrogo; en cuanto á ella, está renuente, y no confiesa á pesar de que algo le he apretado; pero queria esperar á que viniéseis para obligarla por medios mas violentos.

—¿Adónde la teneis?

—Afuera: venid á verla; quizá vos alcanzareis mas que yo.

El viejo tomó la luz, encendió dos ó tres torcidas mas, se las dió á los otros y salieron todos de la casa.

Don César y sus compañeros buscaban por el suelo; pero al llegar al árbol, el viejo les dijo levantando la torcida:

—Aquí está.

La luz bañó el cuerpo de Doña Catalina, y todos lanzaron una exclamación de horror al verle los pies, porque el fuego había atacado aun parte de la pierna.

—¿Qué es esto?—dijo Don César.

—Qué ha de ser! no quería confesar, y le apliqué la llama á los pies; pero ni aun así.

—Esto es horrible—exclamó Teodoro con indignación.

El viejo le dirigió al través del antifaz una mirada de tigre.

—Bajad á esa mujer—dijo Don César.

—En fin, haced lo que gustéis; corre ya de vuestra cuenta—dijo el viejo.

Teodoro desató la cuerda y comenzó á bajar á la vieja, que recibieron Don César y Martin en sus brazos.

El rostro de aquella mujer estaba espantosamente contraído por el dolor; aun estaban erizados sus cabellos, y en su boca había una espuma sangrienta: el cuerpo estaba frio y rígido.

—Está desmayada—dijo Don César.

—¿Qué desmayada, muerta!—replicó Garatuza.

—¿Muerta?—exclamó Don César.

—Muerta—repitió Martin poniéndole la mano en el corazón y luego frente á la boca.

—¡Asesino!—dijo Teodoro.

—Regístradla, examinadla—dijo Don César;—quizá no haya muerto.

Martin volvió de espaldas el cuerpo de la vieja, que estaba ya en el suelo, y con su daga le cortó el justillo para quitárselo y darle mas libertad en caso de que estuviera viva;

pero al ejecutar esto, la espalda de la mujer se descubrió y apareció la marca roja de la familia de los Carbajales.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó Martin.

—Doña Catalina de Armijo—contestó el del antifaz.

Martin sintió como un rayo de luz en su cerebro y se arrojó sobre el hombre del antifaz y se lo arrancó, descubriendo el rostro de Don Baltasar de Salmeron: los demás le contemplaban sin moverse.

Martin arrastró á Don Baltasar hasta cerca del cadáver, y con voz ronca y cavernosa se lo mostró, diciéndole:

—Tu hija, miserable; es tu hija.

—¿Su hija!—exclamaron los demás, espantados.

—¡Mi hija!—dijo temblando Don Baltasar.

—Sí, tu hija, tigre; tu hija, la hija de tu crimen, la hija de Doña Isabel de Carbajal: ¿te acuerdas? mira, mira esta marca roja que tiene en la espalda: ¿no recuerdas á la madre, á la víctima de tus tenebrosas maquinaciones y de tus liviandades? De rodillas al lado de ese cadáver, pide perdón á Dios, porque vas á morir aquí mismo, en mis manos.

Don Baltasar se irguió, y con un movimiento rápido é inesperado, desenvainó el estoque y se lanzó sobre Martin; pero la mano de hierro de Teodoro le sujetó como á un niño, le arrancó el estoque y le arrojó de rodillas al lado del cadáver de Doña Catalina.

—Bien, Teodoro, bien—dijo Don César.

—Sí, dijo Martin sin preocuparse de lo que había pasado; tú has sido el demonio encarnado de esta familia; tú deshonestaste á Doña Isabel de Carbajal; tú denunciaste á las tres hermanas, que murieron por tí en la hoguera; tú traicionaste á Don Leonel y á Don Alonso de Salazar; en fin, mónstruo, tú has vivido demasiado para poder matar á tu hija por medio de los tormentos mas espantosos.

—¿Y todo eso es verdad?—preguntó espantado Don César.

—Verdad, señor—contestó Martin;—os lo juro por Dios que nos oye, y al llegar á mi casa os daré las pruebas.

—Entonces esta noche será la de la justicia—dijo solemnemente Don César;—atad á ese hombre.

Don Baltasar hizo aún un esfuerzo por librarse de las manos de Teodoro y huir; pero era imposible, porque el negro era fuerte como un Hércules. Don Baltasar fué derribado en tierra, y á la incierta y rojiza luz de las torcidas y sobre el cadáver mismo de Doña Catalina, se empeñó una lucha horrible, porque Don Baltasar no quería dejarse sujetar y mordía y gritaba, hasta que por fin, Teodoro y Martin le aseguraron y le ataron con el mismo cordel con que habia hecho colgar á su hija.

El viejo no hablaba; rujía y jadeaba como un condenado en el infierno.

—Está ya seguro—dijo Martin.

—Traedle, y vamos á ver adónde está Don Alonso: esta es la noche de la justicia.

Martin se echó al hombro al viejo y siguió á Don César al interior de la casa.

El hombre que habia ido en busca de Don César, permanecía impassible á presencia de aquella escena.

—Se necesitan algunos instrumentos para sepultar ese cadáver—dijo Martin, señalándole el lugar en que yacia el de Doña Catalina.

—Adentro los hay—contestó el hombre.

—Tómalos, y haz una fosa.

—Bien, todo se hará; pero sepá yo cuánto voy ganando en esto, porque el hombre que habeis atado, me daba quinientos duros por ayudarle en todo, y todo lo he hecho yo.

—Los tendrás; pero vé á trabajar.

—Corriente.

El hombre aquel, cubierto tambien con un antifaz, encendió una torcida, sacó algunos instrumentos de labranza y se dirigió al jardin.

Don César, Teodoro y Martin, colocaron al viejo Salmeron en la misma pieza en que estaba Don Alonso.

Rivera abrió los ojos con espanto al ver aquella extraña comitiva.

—Quitadle la mordaza—dijo Don César.

Martin le quitó la mordaza, y Rivera respiró con fuerza.

—Don Alonso de Rivera—dijo Don César—¿me conocéis?

—¿Y á mí?—dijo Teodoro.

—¿Y á mí?—dijo Martin.

Don Alonso los miró fijamente, y luego exclamó:

—¡Teodoro!

—El mismo—contestó el negro.

Martin se puso entonces delante de él.

—¿Me conocéis?

—No recuerdo.

—Martin de Villacencio y Salazar, Garatuza.

—¡Garatuza!—dijo Don Alonso.

—¿Y á mí no me recordais?

—Creo que os conozco.

—Demasiado, por desgracia vuestra; soy Don César de Villaclara.

—¡Don César! ¡Don César!—exclamó entonces con pavor Rivera.

—Sí, el esposo de Doña Blanca, que viene á pedirnos cuenta de la víctima.

—¡Dios mio! ¿pero qué quereis de mí?

—Vuestro castigo.